Opinión

Cómo lavar los pecados graves

Jorge Bello

Especial para Diario UNO
www.bello.cat

Estados Unidos invadió Haití en julio de 1915. El objetivo era económico: asegurarse el cobro de la deuda externa, para lo cual pretendía los derechos aduaneros del país, tal como ya los tenía en la República Dominicana (que es el otro país de la isla La Española). La idea era establecer un nuevo orden político y financiero.

La entrada del navío Washington a Puerto Príncipe coincidió con el final de una sangrienta revolución que se saldó con la destitución del presidente, Vilbrun Guillaume Sam, quien fue sustituido por Phillippe Sudre Dartiguenave, quien no tuvo más remedio que aceptar las condiciones por medio de las cuales el país quedaba reducido a un protectorado americano.

Cosa similar pasó en mayo de 1916, cuando Estados Unidos envió tropas a ocupar la República Dominicana con el objetivo de restaurar el orden local y

"La ocupación de Haití duró dos décadas, y no consiguió establecer adecuadas estructuras"

salvaguardar así sus intereses económicos. Estados Unidos era el único acreedor de los dominicanos y desde hacía algo más de diez años administraba las operaciones aduaneras del país.

La ocupación de Haití duró dos décadas, y no consiguió establecer adecuadas estructuras políticas y económicas. La ocupación de los dos países de la isla fue un ejemplo de la incapacidad americana para poner orden en gran parte de Latinoamérica. Antes bien, dejó un largo reguero de recelos, temores, odio, corrupción y expolio.

El método para poner orden allá donde el desorden ponía en peligro el negocio era similar al que se aplicaba en la Patagonia: dominación social y monopolio estructural. Un ejemplo es la United Fruit Company, una multinacional americana que sigue aplicando los mismos métodos, aunque ahora en versión moderna.

Nació en 1899 a raíz de la fusión de la Boston Fruit Company y la Tropical Trading and Transport Company, una fusión que ya entonces demostró que si la unión hace la fuerza, la fusión hace el monopolio. Con el argumento del mercado libre facilitó que Estados Unidos se impusiera en Amércia Central y el Caribe.

En Guatemala, en 1913, la United Fruit monopolizaba la radio, el telégrafo, el ferrocarril, la marina mercante y casi todas las tierras de cultivo. Y controlando a los políticos pudo explotar a los guatemaltecos todo cuanto quiso. Era el mercado libre, hoy decimos globalización.

La impunidad es la norma. Y la impunidad de esta empresa atraviesa fronteras y decenios. En Colombia acaba de ser acusada formalmente de armar a los paramilitares para que éstos defiendan sus intereses, que son de dominación y monopolio. Está acusada de financiar una red que perpetró más de diez mil asesinatos y de transporar la droga colombiana en los barcos que exportan la fruta hacia Europa y Estados Unidos.

Las acusaciones no son propiamente contra la United Fruit Co. sinó contra la Chiquita Brands Inc. Son la misma empresa: la United Fruit tenía en su haber tantos atropellos en Colombia que en 1984 decidieron rebautizarla como Chiquita Brands porque, como ya se sabe, un cambio de nombre dificulta toda reclamación y ayuda a desarrollar el método del borrón y cuenta nueva.

Los métodos de la United Fruit son similares a los que aplastaron las huelgas patagónicas de 1921, y en otro sentido también son similares a los sucesos que se hicieron públicos hace un mes: la apropiación de tierras mediante el engaño y la expulsión de campesinos de varias provincias argentinas por parte de empresas y empresarios relacionados de manera estrecha o familiar con algunas de las autoridades de nuestro país.

El accionar de la United Fruit

"La magnitud de la tragedia es culpa de empresas que trataron al país con desprecio"

quedó grabado en los recuerdos de Gabriel García Márquez, que narra un hecho verídico en Cien Años de Soledad. Se trata de la masacre de la estación de Ciénaga, del 6 de diciembre de 1928: "José Arcadio Segundo estaba entre la muchedumbre que se concentró en la estación... el Ejército había emplazado nidos de ametralladoras alrededor de la plazoleta... la ciudad alambrada de la compañía bananera estaba protegida con piezas de artillería... trabajadores, mujeres y niños habían desbordado el espacio descubierto... los cadáveres... quienes los habían puesto en el vagón tuvieron tiempo de arrumarlos en el orden y el sentido en que transportaban los racimos de banano... iban a ser arrojados al mar como el banano de rechazo... debían ser como tres mil". El paralelismo con nuestra historia sigue siendo asombroso y escalofriante.

Aunque criticable e ilegal, la ocupación norteamericana de Haití representó cierto progreso para el país, sobre todo en cuanto a infraestructuras. Pero el favor se lo cobraron caro: entre 1957 y 1986 Estados Unidos brindó apoyo militar, financiero y diplomático a la dictadura de los Duvalier (padre e hijo), que expolió el país todo cuanto quiso.

El gobierno de Jean-Bertrand Aristide (1991-2004) representaría luego otro período de corrupción a gran escala y de graves atropellos, hasta la entrada de los Cascos Azules de la ONU. Azotado así por la pobreza, la indiferencia de la comunidad internacional, el sida y la tuberculosis, Haití es el país más pobre de América y uno de los más pobres del mundo.

Los decenios de corrupción, expolio y pobreza permiten entender por qué hay tanta diferencia entre el terremoto de Haití y el de Kobe. El 17 de enero de 1995, esta ciudad japonesa sufrió un terremoto de la misma intensidad que el de Haití, pero sólo hubo unos 5.000 muertos, en una ciudad de un millón y medio de habitantes que viven apretados. En Haití llevan contados cerca de 150.000 muertos: esta diferencia indica cómo eran de frágiles sus infraestucturas, y ya se sabía que es zona de terremoto.

La colosal magnitud de la tragedia de Haití, entonces, es culpa de empresas y países que trataron el país con desprecio, y que allí hicieron y deshicieron todo cuanto quisieron. Ocupado por Francia en el siglo XVIII, bajo un régimen cruel de esclavitud allí vivían unos 300.000 esclavos para unos 12.000 hombres libres, casi todos blancos o mulatos.

La labor de Francia y de Estados Unidos es hoy de un gran valor en Haití, que quede constancia. Pero desde la semana pasada me pregunto si sólo es un gesto noble y desinteresado, o si es también la voluntad de lavar pecados graves, y son ganas de recomenzar. El pasado permite entender el presente y adivinar el futuro, el de Haití y el de Argentina.